

## Fina Warschaver: “Quiero para mí el sonido del mundo”

Elsa Drucaroff

Especial para Fundación El Libro. Junio 2020

En alguna tarde de 1989, mi marido llegó a casa y me dijo que se había cruzado en la calle a su amigo Tito, y Tito estaba triste, acababa de perder a su mamá. Me dijo que su mamá escribía y Tito tenía en ese momento un ejemplar de uno de sus libros, se lo había regalado. Me lo mostró. Era uno de esos viejos libros de tapas muy blandas y papel amarronado, me gustó el color azul de la cubierta, la simple belleza del diseño: sobre el azul había trazos grises con diagonales, un ovalo, rectas que se perdían al infinito. Era un dibujo original (de El Lissitsky, según información de la carátula) que hacía pensar en el cubismo, en las vanguardias de comienzos de siglo, en Mondrian. El libro tenía un título extraño: *Hombre tiempo*, entre las palabras hombre y tiempo se leía “secuencias de Amós”. El colofón decía 1973.

Abrí en el primer relato y empecé a leer en voz alta. Mucha gente escribe y no encuentra editorial que la publique, mucha gente se paga ediciones de libros y muchas veces (antes y después del día en que descubrí a Fina Warschaver) intenté leerlos y los dejé en las primeras páginas, decepcionada. Esta vez también tuve que detenerme en las primeras páginas pero para tomar aire: la música del texto me pedía que callara unos segundos, los ecos exigían seguir resonando.

*Algunas veces Amós mira el cielo desde el patio ceniciento, por encima de los dos cables de electricidad que cruzan la calle detrás del mercado de Abasto. Y el sol, a veces, se columpia en los cables como un acróbata.*

Como toda gran literatura, “El último judío” era un cuento que planteaba preguntas sin solución y dejaba las respuestas tensas, contradictorias, vibrando. ¿El uno, la identidad? ¿O la maravilla de dispersarse y mezclarse? ¿No sería mejor, *melamed*, desparramar las palabras por el mundo para que se multipliquen?

El relato asombraba por su riqueza visual y poética pero también porque nada tenía que ver con lo esperable: por lo poco que sabía, Fina había sido la mujer de un importante dirigente del Partido Comunista Argentino y el libro salía en plena euforia política camporista, abril de 1973, tiempo en que estaba de moda escribir obras de compromiso político, citar procedimientos del boom latinoamericano, realismo mágico, preocupaciones telúricas. Ese lenguaje vanguardista (¿de ahí el dibujo de tapa?), esa profundidad, esa interpelación a la tradición y la memoria, ese final que pone en conflicto cualquier certeza, cualquier mensaje claro... ¿de dónde salían? El siguiente relato me dejó aún más intrigada: “La carrera imposible” era un cuento joyciano, un trabajo misterioso, casi delirante, con la corriente de la conciencia de una mujer que va a un velorio y mil discursos se entrecruzan a través de ella, tal vez hay alusiones despectivas, rabiosas, a la burocracia de un aparato militante, tal vez la muerte fue violenta porque se repite que en el hall mucha gente habla de *los últimos choques y de sus repercusiones mortales*. En todo caso la voz es de mujer y esa mujer es madre y también aparece, sutil, en esa conciencia, un desgarró que parecería tener que ver con ser tomada poco en serio, o con ser consciente de cosas de las que no es cómodo ser tan consciente: *el tiempo que no retrocede nunca y la memoria que retrocede siempre entablan-empresen la carrera imposible*, repite el cuento como un mantra.

Cuando terminé de leer todo el libro supe que acababa de encontrar un cofre que atesoraba joyas imprevisibles. ¿Habría más? Había. El hijo de Fina me fue facilitando otros libros y abrió una página

web donde incorporó poemas, reflexiones del diario de su madre donde habla de Borges (en ese tiempo, una comunista sólo podía amar a Borges en secreto), de Tarkovski, del sentido del arte.

La originalidad y el talento de esta escritora solitaria es tan fuerte como secreta su existencia. Fina Warschaver (1910-1989) fue narradora, poeta, dramaturga, ensayista, traductora y música. Fue también una relegada integrante del Partido Comunista Argentino, institución que tuvo fuerte influencia cultural en el país y una reconocida capacidad (compartida con otros partidos comunistas pro-soviéticos en el mundo): la de imponer en un nutrido mercado de clase media, consumidor de cultura progresista, a los artistas excelentes que pasaron por sus filas (Atahualpa Yupanqui, Mercedes Sosa, Pablo Neruda, Pablo Casals o Pablo Picasso son casos paradigmáticos). En nuestro país, el PC podría haber posibilitado que la extraordinaria obra de Warschaver no fuera una joya escondida. Sus comisarios culturales apostaron un poco por su primera novela, *El retorno de la primavera* (1947, Claridad), pero finalmente eligieron no hacerlo porque consideraron que lo que siguió no era ni realista ni “de denuncia política”, y tenían razón. El arte de Fina y sus preocupaciones no cabían en la estrecha grilla de lo políticamente correcto.

Además de mujer, judía y comunista, Fina tenía (por si fuera poco) acuciantes e incómodas preocupaciones feministas. “Suicidio por un piso encerado” es un capítulo de *La casa Modesta* (1949) donde una mujer condenada a olvidar su vocación intelectual, porque se espera que entregue toda su vida a un hijo que quedó lisiado en un accidente, cuenta cosas parecidas a las que contaba Sor Juana Inés de la Cruz: la poeta mexicana trataba de obedecer las indicaciones de la Iglesia y renunciaba al trabajo intelectual para ocuparse de la cocina, pero fracasaba: se descubría preguntándose por la química: ¿por qué se cocía el huevo que estaba hirviendo? La escritora monja del siglo XVI y el personaje de Fina, una intelectual de izquierda del siglo XX, sufren una angustia que las mujeres conocemos: la de no conseguir que sus cerebros obedezcan los mandatos patriarcales. A Sor Juana la traiciona hervir un huevo, al personaje de Fina, la bomba de agua sonando en su casa:

*La bomba de agua, después del accidente, fue la segunda revelación que debía urgirme a algo definitivo. Estábamos en el campo; teníamos una pequeña casita junto a la estación. En mis brazos dormía mi niño menor. Funcionaba el motor de la bomba de agua. Ese ritmo era un ritmo absorbente, como el de la marcha del tren, era el ritmo de la máquina, era el ritmo del trabajo. Descubrí el ritmo de las cosas, descubrí el sonido de las cosas. ¡Todo tiene un sonido! ¡Oh, si yo pudiera reflejar ese sonido de las cosas! Abarcarlo todo: el color y el ritmo del mundo... ¿Por qué me había desviado del camino de mi niñez? Un senderito apenas perceptible, pero mío. ¿Quién había abierto las grandes avenidas bien trazadas para que transitara por ellas? Y ahora que quiero para mí el sonido del mundo, es tarde, demasiado tarde. ¿Cómo recomenzar? ¿Cómo recuperar el tiempo perdido? Empieza el drama de la estrechez. Se come, eso es, se come. ¿Y todo lo demás? Ni un libro, nada. Resbalando sobre pisos encerados. Reconozco que tengo el prejuicio de los pisos limpios. ¡Qué hacer! Debo encerarlos. Además, los niños dependen de mí. ¿Sí o no? ¿Por qué no me ubiqué en un puesto? No puedo ubicarme, no soy postulante a nada, he descubierto algo, simplemente. Necesito ganar el tiempo perdido... ¡Ilusiones! Estoy atada al accidente. Él me apartó de las formas, de los esquemas. No veo más que luz y sombra, no oigo más que sonidos. Las palabras no pueden decirme ya nada...*

Por suerte a Fina Warschaver las palabras sí le siguieron revelando secretos del dolor y la desigualdad del mundo. En “El circo” (de *El hilo grabado*, 1962) hay una imagen de hermosura extraordinaria: en un circo pobre, un acróbata demasiado joven y secundario toca una música maravillosa en las alturas, con

su violín, mientras pedalea diestramente en un monociclo. Ningún espectador, salvo la narradora, valora esa música:

*“Es un artista, un gran artista’, pensé mirando piadosamente los pies a los que la concurrencia dedicaba toda su atención. La música, que nadie oía, seguía impregnándose de luz mientras allá abajo, los pies seguían pedaleando, pedaleando.”*

Así, esta mujer perdida en el público asiste a un “número cruel”: hay un gran músico y nadie lo reconoce, ni público ni empresario, que le paga una miseria. Su gran arte suena en ese número acrobático como la pequeña frutilla de un postre: *De la destreza de esos pies dependía todo, de su misión acrobática*, escribe. Su violín está para subrayar la habilidad gimnástica. Intensas soledad y tristeza en quien escucha al violinista cuyas extremidades captan la exclusiva atención de la mayoría. Lo enorme suena apenas para la mujer que escribe. Nadie escucha el arte cuando ocurre en la arena de un circo pobre y no en una sala de conciertos legítima, cuando lo crea un ama de casa obsesionada por encerrar el piso.

En las últimas décadas, la obra de Fina tuvo más suerte: algunas empezamos a escuchar y difundir su voz y hubo crítica y periodismo cultural que se ocupó de ella. En 2014, la tan necesaria colección Narradoras argentinas (EDUVIM), dirigida por María Teresa Andruetto, Carolina Rossi y Juana Luján, reeditaron *El hilo grabado*. El año pasado, la editorial Final abierto reeditó *La casa Modesa*. Y hoy elegimos a Fina Warschaver para homenajear a través de ella a tanto talento femenino que no fue tomado en serio y sigue enterrado bajo siglos de silencio. En el Día del Escritor y la Escritora, le rendimos un homenaje que ya no puede recibir, pero somos muchas sus hijas, sus nietas, y seguimos con el violín en alto, haciendo equilibrio en el difícil monociclo, y brindamos por ella.

\*\*\*

**Elsa Drucaroff** (Argentina). Escritora, docente y crítica argentina. Algunos de sus libros son *Conspiración contra Güemes*, *El último caso de Rodolfo Walsh*, *Checkpoint* y *Otro logos*. *Signos*, *política*, *discursos*.